BELLEZA Y VOCACIÓN

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v61i215.160>

MARCO IVAN RUPNIK*

ALGUNOS MALENTENDIDOS

El título puede parecer un tanto romántico habida cuenta de la cantidad de malentendidos que se dan en torno a la belleza —entre la teología y la filosofía, la teología y la sociología, la teología y la psicología— como se ve en el fracaso de tantos matrimonios, e interpretarse como una especie de moda, un intento de salvarse tras haber visto el éxito de otros caminos.

Continuar dirigiéndose a los artistas como a quienes trabajan con la belleza revela por otra parte qué abismo, qué incomunicación hay hoy entre la Iglesia y el mundo, porque ciertamente la belleza no entra en el horizonte del mundo artístico actual. Es además difícil hoy hablar de una Iglesia bella: tenemos ante nosotros una Iglesia organizadísima, muy diligente, muy activa, que suscita algún aplauso, pero cuya estela no se sigue. El hombre es atraído por la belleza no por el coraje.

También el término «vocación» corre el mismo riesgo. Una de las cosas más graves que puede suceder a un joven, con las excepciones que hay siempre en todo y que confirman la regla, es que en su horizonte existencial se le presente cualquier tipo posible de vocación. Para las mujeres, es incluso peor. Sólo el pensar en que acaso «tenga que ser monja» supone una tragedia. Lo mismo que si uno piensa que debe hacerse jesuita, o hermano lego. ¿Dónde estaría pues la belleza si para un joven constituye una tragedia la mera posibilidad de asumir una vocación? ¿Y si para muchos padres «catolicísimos» es una tragedia que la propia hija quiera hacerse monja? ¿Qué habremos hecho de Dios Padre y de su voluntad si hacer la voluntad de Dios es hoy para el hombre una tragedia? La cuestión es aún más seria en una época en la que el hombre busca liberarse de Dios, del catolicismo y del mismo cristianismo porque no le conviene, Europa está dispuesta a ser cualquier cosa menos cristiana.

* Marko Ivan Rupnik es sacerdote jesuita, artista, teólogo y escritor. Se ha hecho particularmente famoso como mosaquista de numerosas iglesias, como la capilla Redemptoris Mater del Vaticano.

¿Tenemos un pavor como nunca a la voluntad de Dios? Decimos que la voluntad de Dios es la salvación, la redención, el amor, sin embargo la gente tiene tanto miedo, ¿por qué?

Hablamos de «vocaciones», pero dentro de programas y proyectos de vida que no tienen nada que ver con la vocación cuando la reducen a una realización de sí mismo, que se refiere siempre al 'auto', al hombre que se desarrolla sin ayuda de nadie. Si estas vocaciones no nos vienen, demos gracias a Dios, porque las personas que se han hecho por sí solas permanecen siempre individuos, y como tales no comunican la vida recibida sino sólo la conquistada.

Por otra parte, ¿ser jesuita, ursulina, franciscana, sacerdote, es verdaderamente una vocación? Yo no me atrevo a decirlo. No paran de buscarlas en el Nuevo Testamento. Al final nos atrevemos a decir que existen también las vocaciones matrimoniales, y está bien que lo hayamos dicho, aunque con cinco siglos de retraso.

LA BELLEZA COMO COMUNIÓN

Creo que es necesario aclarar en primer lugar qué significa la belleza de la vocación para los cristianos.

En el primer milenio, cuando la cuestión era más sencilla, era «bello» lo que dentro de uno mismo abría a otro mundo; cuando, al mirar una cosa, dentro de ella se veía otra, y, a su vez, en aquella que se abría se descubría otra, como las muñecas rusas. Y cuando al abrirse una nueva te sentías más atraído, también tú, por la nueva figura que aparecía.

Es exactamente la poesía de san Efrén el Sirio, gran poeta y teólogo del siglo IV –tiempo en el que la teología era también poesía– donde cada una de las imágenes abre la visión a otra cosa bella que dentro de sí revela algo más profundo y poco a poco te une y compromete con lo que allí se manifiesta.

Olivier Clément –gran teólogo ortodoxo francés– decía que hay otra palabra para expresar la belleza, a saber, «la unidad» y que a su vez hay otra para la unidad, que es la de *salvación*.

¿Cuándo se está salvado? Cuando dentro del propio pecado, de la propia pobreza, descubres el rostro que te mira, te lava, te seca, te viste, te pone a la mesa y hace fiesta contigo, cuando dentro de tu miseria descubres la grandeza, el santo, el misericordioso. El 'ritornello' repetido por un monje ruso era: «Escarba, escarba en tus pecados, y, al final, descubrirás el santo rostro, el que ha asumido todo».

La belleza es la experiencia de unidad, hay belleza cuando te encuentras unido a alguien, cuando no estás solo. La belleza es la superación de la soledad. Te parece bello lo que te hace sentir unido y te une a Dios solo, el único que puede hacer que permanezca unida la persona, Dios Padre, ningún otro.

Esta era la belleza para los cristianos: «Quien me ve a mí ve a mi Padre» (Jn 14, 9).

Nosotros miramos el pan, pero no vemos el pan, estamos vacíos del Señor, pero nuestra sangre se mezcla con la suya, la vida filial nos llena los pulmones, comenzamos a respirar como hijos comiendo ese pan. El pan no es sólo pan, se abre y nos une al Otro. Del mismo modo miramos el rostro el uno del otro, miras al hermano y te sientes dentro.

Andrés Scrima, gran monje rumano ortodoxo, un genio del siglo XX, decía que el rostro del Espíritu es el rostro del hermano, dentro de cada rostro hay tantas habitaciones, podemos estar tantos dentro, esta es la belleza, estar uno en el otro.

En el discurso de despedida, en Jn 14-17, Cristo hace ver que ha venido a extender sobre nosotros el modo de existir de Dios, uno en el otro. Nosotros estamos habituados a pensarnos uno junto al otro, pero Dios vive uno en otro, el Padre en mí y yo en Él, yo en vosotros y vosotros –gramaticalmente se usa el dual– en nosotros dos. Lo mismo dice san Gregorio Nacianceno en el discurso que se lee en el Oficio de lectura de la fiesta de san Basilio: «Realmente uno estaba en el otro y con el otro». Juan usaría el término ζωή, la vida del hijo, del eterno, no βίος, la vida del cuerpo, ni ψυχή el deseo de vivir esta vida biológica, sino ζωή, la vida que no muere, la vida de la comunión.

Quien ha estudiado y profundizado dice que en el evangelio de Juan, la verdad es la vida que transcurre entre el Padre y el Hijo y todo lo que forma parte de esta vida, y por eso la bebida pasa a la «verdadera» bebida, el alimento el «verdadero» alimento, porque forma parte de esta ζωή, de esta vida divina, de la comunión filial. Si la verdad no hay que buscarla en los libros, ni en lo abstracto, sino que hay una vida «verdadera» que es la vida filial, cuando ésta se realiza lo hace como belleza, cuando se comunica, se comunica como belleza: cuando la verdad se comunica se comunica como belleza.

Mi padre, como gran pedagogo que era, me repetía desde niño que las cosas verdaderas, las que había que tomarse en serio, eran aquellas que uno conseguía decir de manera bella, porque la verdad se comunica como amor, con amor.

Pavel Florenskij dice que «la verdad revelada es el amor y el amor realizado es la belleza». La verdad es la vida y la vida se comunica como belleza. Su maestro Soloviev ha llegado a decir que la carne de la verdad es la belleza, y si la verdad no se comunica como belleza es una ideología que es capaz de matar a las personas por defender la idea. Y sabemos muy bien de qué manera la modernidad tiene en su haber millones de muertos en nombre de las ideas, por eso hablar hoy de humanismo tiene un no sé qué de grotesco. La verdad si no es belleza es un peligro y un dragón que devora a los hombres. Si el bien no se realiza como belleza es un fanatismo. Y Soloviev añade que la carne del bien es la misma belleza. No existe mal más cruel que la dictadura de la verdad y del bien, cuando todos están obligados a cumplirlo.

Nosotros no estamos llamados a ser los osados del mundo, sino bellos, porque nuestra carne es teofánica. Después de la encarnación del Verbo la humanidad no se puede ya separar de Dios y nosotros en nuestra carne manifestamos esto, la vida. Si es ψυχή o βίος no es belleza, pero si es ζωή, es belleza, porque deja trasparentar a otro. Nosotros somos «memoria viviente», como dice Veceslav Ivanov, el ser humano es una perenne «anamnesis». Tú ves un hombre, y dentro es una «memoria», tantas veces, tantas voces.

Cuando yo escuchaba al Padre Spidlik, mi maestro, sentía que hablaba Gregorio Nacianceno, Basilio el Grande, toda la Iglesia. En cada cristiano está todo el cuerpo de Cristo, y ésta es la belleza. Para los clásicos, la belleza reside en la perfección de la forma, perfección que no admite el fracaso, al débil, al frágil, al pecador. Este es, creo, el gran engaño de nuestro tiempo. Yo pienso y hago, me hago yo solo, a mí mismo, pero no es verdad. Incluso puede que el contenido parezca religioso, pero no lo es.

VIVIR PARA LOS HIJOS

A nivel de expresión artística, las grandes épocas (gótico, románico, etc.) nos enseñan que la perfección en el arte debe ser igual que en la vida y eso no significa cambiarme a mí mismo y convertirme en perfecto y bello, no, la perfección en la vida es que en mí se manifieste la vida del Hijo.

El hombre es frágil, mortal, pero puede invocar, puede abrirse. Allí desciende Dios y actúa en la fragilidad del hombre porque el hombre lo acoge. Estas dos realidades juntas son la perfección, La belleza clásica ha excluido en la teología durante siglos el misterio de la transfiguración, la pneumatología, una seria teología trinitaria —que deviene filosófica— revelando

la total carencia de vida de comunión. Pero de aquí viene todo el resto, saltan las relaciones, salta la Iglesia y nos llega menos belleza. Si no hay comunión, no hay belleza.

Para nosotros, cristianos, no se trata de la forma perfecta, sino de dejarse transfigurar, dejar que en lo frágil se manifieste Dios omnipotente, dejar que el frágil se convierta en hijo, que el esclavo y el siervo lleguen a ser hijos. El individuo se convierte en sujeto de la comunión.

Este es el paso, este es el giro verdadero y propio porque se deja el modelo de la perfección que nos destruye. Pero esta ha sido nuestra pedagogía de los últimos tres, cuatro siglos. Todo basado en la perfección del individuo, la formación considerada como un trabajo sobre sí mismo para perfeccionarse. Pero tiene razón Berdijaev al decir que trabajar sobre la perfección centrada en uno mismo mata la creatividad.

Y, en efecto, somos creativos sólo cuando cambiamos la fórmula. Falta la sabiduría, la manifestación del camino: «Yo soy el camino, la verdad, la vida» (Jn 14, 6). El mundo nos conoce a través de preceptos, leyes, normas morales, pero no como manifestación de una exuberancia de vida que no viene de nosotros, que nosotros acogemos y que por eso se transmite.

Nos hemos considerado el camino de la perfección y esto es una ruina porque somos nosotros los protagonistas de todo, mientras que es el Hijo del hombre el que ha descendido del cielo, y nos ha pedido que le acojamos (Jn 3). Si me dispongo a buscar a Dios tengo ya una idea de cómo debería ser y si no corresponde busco en otra parte. Pero la vida se acoge. La fe es acogida, la más grande y difícil actividad del hombre. Y no hay nada que hacer con la tolerancia con la que hemos buscado sustituirla.

De este modo nos encontramos en un compromiso ciego donde hemos empezado a percibir la vocación como un deseo nuestro en perfeccionarnos a nosotros mismos según una idea y después perfeccionar el mundo según ese estilo. Estos son la ideología y el verbalismo que configuran una religión clásica, por la cual en nombre de un dios, de una doctrina, de una espiritualidad se propone un cambio, un mejoramiento mío y de la sociedad. Si se hace así recibiremos el premio; si de otro modo, el castigo. Así lo indican las homilías de los últimos siglos, con varias excepciones que, efectivamente, confirman la regla.

Cristo ha venido a salvarnos, a redimirnos precisamente de esto y nosotros volvemos a caer en lo mismo; buscamos promover nuestro propósito y mejorar así a los otros. De lo que el otro tiene necesidad es de que en nuestra carne, en nuestra mentalidad, se dé nuestra teofanía. No le sirve nuestra valentía, como a la Iglesia no le sirven las vocaciones para

una estructura para-estatal con funcionarios que deben tener sucesores para no bloquear la institución. Tenemos finalmente un Pontífice que lo dice a las claras en sus escritos y en sus palabras. Nosotros no somos una institución para-estatal, para-imperial, donde desarrollamos servicios al imperio para que pueda funcionar bien.

No, somos manifestación de una vida que ningún otro puede dar. La vida de los hijos de Dios, la manifestación en el mundo de esta vida que nadie más puede dar. Esto es lo que el mundo espera. Con todo el sufrimiento que hay hoy en la vida religiosa –a menudo por culpa de una inaudita inmadurez que, desgraciada y paradójicamente, en no pocas ocasiones está generada por nuestra perfecta formación– uno se pregunta si no hay vocaciones porque Dios Padre busca salvar a los propios hijos. Pero la vocación es la redención, Dios llama salvándonos, haciéndonos sus hijos.

La vocación no puede ser la función, la vocación es la llamada a la comunión de su Hijo Jesucristo cf. 1 Cor 1, 9). La vocación es solamente una. Somos llamados a la comunión del Hijo, estamos llamados a ser incorporados en el Hijo, llamados, como dice Nicolás Cabasilas, «a convertirnos en la carne del Hijo de Dios, en la sangre del Hijo de Dios». Esto estamos llamados a ser, conocer al Padre, vivir la vida humana desde Dios, esta es nuestra vocación. Es la comunión, dentro de este Cuerpo de Cristo, que es el único que ha sido llamado.

Las vocaciones «individuales» son una comprensión, un producto de la época moderna. Es la Iglesia la que es llamada, es el Cuerpo el que es llamado y nosotros dentro de ese Cuerpo. Por el hecho de ser hijos tenemos ministerios, tareas, vocaciones, trabajos, esto sí, pero «la vocación» es del Cuerpo.

LA EXPERIENCIA DE LA REDENCIÓN

Si, pues, la vocación no puede ser el modo de perfeccionarnos, sino más bien el modo como participamos en la vocación del Hijo, en su comunión, también llegamos a ser parte suya, somos Eucaristía, somos ese pan que se ha convertido en el Cuerpo de Cristo y nosotros mismos somos alimento para el mundo, lugar en el que los hombres puedan descubrirse como hijos de Dios, amados por el Padre. No estoy hablando contra las obras. Es claro que cualquier cosa que debemos hacer es sin duda algo que se necesita en el mundo. Pero esto lo puede hacer un padre que comprende la vida y comunica la vida, una madre que también la comprende y asimismo la comunica. Si las vocaciones no son así es inútil que

intentemos buscarlas. La pastoral vocacional corre el riesgo de recoger a aquellos que quieren hacer el bien en el mundo, pero precisamente de esos es de los que no tenemos necesidad.

Estamos llamados a vivir la vida que ha sido redimida, a vivir para los redimidos. La vocación es la experiencia de la redención. Solo desde esta experiencia podemos comunicar al Salvador. Es la experiencia de quien se ha despertado en un ataúd cerrado y siente que alguien comienza a quitar los tornillos y lo saca fuera. Es el encuentro con un rostro que no se olvida jamás. Macario el Grande dice que muchos se ponen a explicar la miel, pero se nota que jamás la han probado; un sediento que imagina y pinta en la pared una fuente de agua no se quitará así la sed.

No se trata de hablar de la redención, sino de dejar que se muestre la gracia a la que estábamos destinados (cf. Ef 2, 6-7). Ésta es nuestra misión. Cuando uno ha sido salvado no puede silenciar la gracia que lo ha tocado. El hombre curado en el territorio de Gerasa es enviado a los suyos a contar qué es lo que el Señor había hecho con él (cf. Lc 8, 39). A esto estamos llamados, a hacer ver qué ha sucedido cuando Dios ha tocado nuestra carne mortal, cuando Dios nos ha mirado, nos ha besado, nos ha lavado, redimido. Esta es la fuente de nuestra vocación. Si hay vida se hará visible y la vida atrae. Las vocaciones vendrán siempre donde hay una madre, donde hay un padre, porque alguien te tiene que engendrar. Y te puede engendrar solo quien tiene la vida del Hijo.

Nadie se ha salvado jamás con la mera observancia de la ley y nadie se salvará (cf. Gal 22, 16). Se puede alcanzar la perfección, no cometer pecado alguno, ser ética y moralmente perfectos, pero faltará siempre un «detalle»: ser hijos de Dios, por eso es necesario ser engendrados, no es posible hacerlo uno solo. No se llega a ser hijo uno solo, el Padre te debe engendrar en el Espíritu santo.

CUERPO DE CRISTO

La crisis de las vocaciones puede ser una gran providencia de Dios para que la Iglesia haga una pausa y pueda descubrir, como justamente decía el Vaticano II, que no se trata de fortalecer los métodos, de mejorar las técnicas, sino de dejar que se revele la redención. Cuanto más salvados seamos tanto más se hará evidente nuestra misión, más explícita nuestra vocación de Cuerpo de Cristo, de humanidad filial, una humanidad en un proceso permanente de transfiguración, una humanidad que deja en el mundo la levadura de la vida nueva, la vida del Hijo.

La salvación significa que yo, que estoy muerto a aquello que soy, porque no tiene razón para sobrevivir, esta carne está destinada a morir, me despierto unido con los otros en un solo cuerpo, me descubro hijo porque estoy rodeado de hermanos y hermanas y tengo una vida que es del eterno y no me pide una perfección, sino un «cumplimiento», una ejecución que la lleve a cabo. La perfección del grano no es que se convierta en un cuadro perfecto del renacimiento ni tampoco en una hogaza perfecta, sino que se transforme en el Cuerpo de Cristo. Si alzo una hostia geométricamente perfecta no he mejorado el sacramento, pero lo peor es que con ello corro el riesgo de desviarme, porque empiezo a creer que son esenciales cosas que no lo son. Es el sacerdocio de Cristo, de un sacerdote y de toda la Iglesia, el que pide el descenso del Espíritu para transfigurar todo. Sin embargo, yo cuando como, cojo el pan y como pan. Pero en aquel pan nos sumergimos en la vida del Hijo y de los hermanos, nos descubrimos como parte del Cuerpo de Cristo porque eso es la Eucaristía.

Hacer ver lo que somos, pero hacer resaltar la potente obra de Dios en nosotros. De esta manera nos transformamos en alimento para el mundo. El mundo nos comerá, poco a poco, pero nosotros estamos en el mundo para ser comidos, somos alimento del mundo, somos en verdad el sacramento del mundo.

Para demostrar la verdad el profeta Elías no organizó un congreso, no puso en pie un «seminario» de una semana con análisis infinitos (y si lo hubiese hecho, del análisis no habría nacido nuestra típica pregunta por el qué hacer, y sin embargo, cuánto nos estaba diciendo Dios a través de él). Elías dijo a los falsos profetas: «Hagamos un altar, vosotros y yo, y, como es costumbre, dejemos que sea Dios el que encienda el fuego, y así sabremos quién es el Dios verdadero, el que acepta la ofrenda. Comenzad vosotros, que sois más, yo estoy solo». Y ellos comienzan, gritando, ululando, pero nada acaece. Elías dice: «Quizás estáis gritando poco, Dios está un poco distraído, se ha dormido y no os oye, gritad más, cortaros un poco, así aumentará la escenografía». No ocurre nada. Elías hace que pongan agua en todo, incluso en la leña, en el altar, hace que lo empapen todo, para que todo esté rebosando agua. Después dice: «Dios, te he preparado un escenario perfecto, ahora te toca a ti». Y la ofrenda comienza a quemarse.

Por tanto, aquí tenéis la vocación de la Iglesia, no hacer ver al mundo que somos valientes, sino que somos hijos y que Dios Padre actúa siempre en nosotros. Nuestra tarea es acogida y sinergia, hacer ver la obra divino-humana.

RETORNANDO A LAS PREGUNTAS DE LA ASAMBLEA

Creo que en cualquier encuentro se trata de concentrarse para mirar las cosas no desde el simple punto de vista de cómo mejorarlas —que es lo que estamos haciendo hace ya mucho tiempo sin que suceda el milagro— sino de volver a la verdadera tradición de la Iglesia donde incluso la «fuga del mundo» tiene un sentido que se ha tergiversado. Estamos llamados a estar inmersos en el mundo, también los que viven en clausura. La patrona de las misiones es una monja de clausura, estamos en el mundo sin ser del mundo.

Basilio el Grande no permitía a nadie fundar un eremitorio si no había estaba muy metido en el arte del cenobio, de la convivencia. Sólo cuando se está unido a todos se puede estar solo. De lo contrario, el eremitorio sería una huida, la culminación de una manía.

Pienso que nosotros debemos vivir como todas las personas del mundo, pero como hijos, para hacer patente a los bautizados cuál es el sentido y la tarea de nuestra vida. El Niño de Belén es todo lo que Dios es, y está allí, Dios con nosotros. Y así se manifiesta en una vida normalísima, hasta en los pañales. Estamos llamados a vivir la vida cotidiana, no a ser personas abstractas que viven en compartimentos estancos, de modo que quien enseña no sabe cocinar, quien cocina no sabe coser, quien no va de compras no tiene ni la menor idea de cuánto cuestan el pan y la leche. Nosotros estamos llamados a vivir como redimidos y eso es lo estamos llamados a hacer. Y la redención es la total unidad en Cristo.

Lo mismo se ve en la indumentaria religiosa. No quisiera ser malinterpretado, porque no quiero hablar ni contra las obras ni mucho menos contra la vestimenta religiosa. Pero en nuestros días, cuando se ha perdido la conciencia de la auténtica identidad masculina y femenina, cuando vemos que los hombres y las mujeres no saben vestirse como tales, qué gran obra sería mostrar una mujer nueva, íntegra, hermosa, revestida y envuelta en el misterio, que atrae y fascina porque es manifestación del Otro que lleva dentro.

El Año litúrgico es la ayuda más preciosa que la Iglesia nos da. Nosotros lo hemos olvidado porque con frecuencia lo hemos supeditado al calendario de nuestros proyectos pastorales. Pero el Año litúrgico es el camino en el que nosotros podemos permanecer y crecer como carne y como sangre de Cristo, como cuerpo de Cristo. Cuando estaba naciendo la liturgia la Iglesia era el sujeto de la teología. Los teólogos eran pastores y la teología era contemplada como su modo de gobernar, de ser pastores.

Algunos objetan que el papa Francisco no es teólogo y no se dan cuenta de que basta con ver cómo gobierna para poder decir que muchas veces él es un grandísimo teólogo. Basta con mirar cómo se sitúa, cómo su teología no es un título universitario, sino la síntesis de la vida, donde uno ha leído en su historia lo que Dios le ha dicho. Esto nos ayuda a vivir el Año litúrgico, a leer en clave sapiencial, litúrgica, lo que vivo, lo que me rodea, la historia.

Hemos hecho de la Eucaristía un objeto de culto, pero la Eucaristía es en realidad un acontecimiento, una historia. Y esto nosotros lo hemos anulado —y después el protestantismo nos lo ha puesto patas arriba—. Por el memorial de un acontecimiento pasado, hemos olvidado el memorial del futuro. Y por esto la escatología no existe. Así, no sabemos leer la historia, y remitimos la solución de los problemas más bien al psicoanálisis, a la psicología.

Pero la Eucaristía es precisamente esto, leer la historia. Tenemos miles de cosas en el tesoro de la Iglesia y las hemos dejado deslizarse y convertirse en cosas sin importancia alguna. Henry de Lubac dijo en cierta ocasión que el Concilio Vaticano II es grande porque nos ha enseñado a no discutir más con el mundo, sino a sorprenderlo.

Habría que comenzar con una iniciación seria en liturgia, en el Año litúrgico, con una lectura sapiencial de todo lo que sucede. Sería una gran novedad, sobre todo en la formación de los seminaristas, rompiendo para siempre con la tradición de Leví, del sacerdote separado del pueblo. Cristo es del orden de Melquisedec y la *Carta a los Hebreos* lo presenta solidario con el pueblo en todo menos en el pecado.

El seminario debería ser ese camino que enseña el gran arte de la purificación. ¿Cómo podemos estudiar teología si no hemos purificado la mente? ¿Somos verdaderamente más santos que los Padres del primer milenio que se purificaban para poder pensar teológicamente? ¿Quién habla hoy de la purificación del corazón, de la purificación de la memoria, de los sentimientos, de la voluntad?

Nosotros razonamos sobre la Trinidad con la misma mente con que lo hacemos con el fútbol. Pero así no funciona y por eso no se sale de este impasse.

¿Quién tiene «el pensamiento de Cristo», como san Pablo? Quien tiene su vida. Y ¿quién tiene su vida? Quien ha ofrecido la suya propia. Pienso que el camino es precisamente este, el del saber contemplar.

A mi parecer, esto es lo que se debería enseñar hoy, a contemplar, o sea, a retomar en toda circunstancia el nexo con Cristo, encontrarse a sí

mismo en Cristo. Ésta es la gran contemplación, éste es el mayor trabajo pastoral, ayudar a la persona a ver cómo Dios la redime allá donde está, no donde quisiera estar, no donde sería más fácil estar.

Enseñar a captar los vínculos, a discernir entre βίος y ζωή, entre vida que pasa y vida que permanece. Y conscientes de que no ha sido proclamado que la ζωή coincida con lo que se considera agradable y perfecto. No, la ζωή es la cruz. Morir a la propia voluntad, nadie habla de ello y ninguno quiere oír hablar de esto, pero sin la muerte de la voluntad autoafirmativa no hay filiación alguna. Yo no puedo llegar a ser hijo. La voluntad vive en la naturaleza humana, no en la persona, de lo contrario Cristo no tendría dos voluntades. Y aquí rozamos la antropología teológica, en gran parte perdida también al haber sido reducida ésta a un discurso filosófico, sociológico. Hay tantas fracturas que poco a poco se van soldando.

Estoy convencido de que caerá sobre nosotros mucha vida, simplemente viviendo normalmente. Simplemente vivir, hacer ver que las religiosas y religiosos son esos que saben vivir como redimidos de una manera nueva: como humanidad vivida desde Dios.